

FRANCISCO BALBUENA

EL ORÁCULO DE LA
TORTUGA

IX PREMIO FRANCISCO GARCÍA PAVÓN
DE NARRATIVA

algaida



Un jurado presidido por Flor Martínez Serna, compuesto por Asunción Castro Díez, Fernando Martínez Lainez y Miguel Ángel Matellanes y actuando como secretaria Rocío Torres Márquez, concedió a la novela *El oráculo de la tortuga* de Francisco Balbuena el IX Premio Francisco García Pavón de Narrativa.



Ilustración sobrecubierta:
COVER

Primera edición: mayo 2007

© Francisco Balbuena, 2007
© Algaida Editores, 2007
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-7647-788-5
Depósito legal: M-23.071-2007
Impresión: Huertas I. G. (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

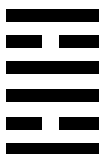
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

LI. La llama	9
HSIAO CH'U. Escaso avance	17
CHÉN. Trueno	29
CHIA JÉN. La familia	35
MÉNG. Caos primitivo	45
SHI. El ejército	53
PO. Mala suerte	59
TA KUO. Exceso	69
HSIE. Huida	79
KOU. Encuentros inesperados	87
MING I. Luz oculta	97
KUEI MEI. La doncella casadera	107
HSIEN. Atracción mutua	117
HSIAO KUO. Ventaja pequeña	123
TUEI. Progreso gozoso	129
SHÉNG. Ascenso.....	137
T'UNG JÉN. Compañerismo	149
I. Nutrición.....	155
TA CH'U. Concentración de fuerzas.....	163
HUAN. Dispersión.....	171
TS'UEI. Reunión	177
K'UN. Opresión	183
CHING. El pozo.....	191
CHIE. Moderación.....	199
KUAN. Percepción de lo invisible.....	205
Í. Aumento.....	213
WU WANG. Fidelidad	221
TA CHUANG. Gran vigor	229

CHIN. Progreso	237
LIN. Acercamiento.....	247
SHI HE. Mordisco completo.....	259
P'I. Estancamiento	269
K'UEI. Oposición.....	279
CHIEN. Avance gradual	285
YŪ. Diligencia	295
CHIÉN. Obstrucción.....	305
TUN. Retirada	313
K'AN. Abismo peligroso.....	323
SUNG. Conflicto	333
TING. La caldera	341
LÜ. Rastreado.....	351
KU. Paso a la acción.....	361
FU. Regreso	367
TA YOU. Riqueza	377
CHIÉN. Modestia	389
PÍ. Unidad	397
FÉNG. Abundante prosperidad.....	405
SUEN. Disminución.....	413
SUN. Suave penetración	423
LÚ. El errante.....	431
PI. Adorno mutuo	441
CHUEN. Dolores de parto	447
KÉN. Quietud	459
CH'EN. Creatividad	467
SUEI. Continuidad.....	479
HSU. Espera prudente	487
HÉNG. Larga duración	493
K'UN. Reposo fundamental.....	501
KUAI. Avance renovado	511
T'AI. Paz.....	519
KE. Revolución.....	529
CHUNG FU. Verdad interior.....	541
WEI CHI. Antes de la culminación.....	547
CHI CHI. Culminación completa	559
K'UN. Reposo fundamental.....	565

LI



LA LLAMA

La llama. La perseverancia en el camino recto conduce a la libertad y al éxito. La docilidad, como la de la vaca, acarrea buena fortuna. Será ventajoso ver al gran hombre.

NO ES FÁCIL HACER SALTAR LA BANCA EN UN CASINO DE Las Vegas. Aquel hombre pequeño, de cabellera al rape y pecho hundido acababa de lograrlo. La cámara de seguridad sobre la ruleta número cuatro se centró en el revuelo que se había formado en torno al jugador. El crupier, inquieto y abrumado, de vez en cuando echaba un vistazo al techo, a la cámara. Se encogía de hombros y hacía gestos, para que en control se apercibiesen de la gravedad del momento.

No tardó el jefe de control del Casino Emporium en avisar al jefe de sala. Pero el jefe de sala por sí mismo ya había advertido los gritos, los silbidos y las palmas que jaleaban al tipo con suerte. Se acercó al jefe de crupieres y le ordenó que se hiciese cargo de la situación. El jefe de crupieres atravesó la moqueta roja, sorteó a tórtolos en luna de miel y a turistas mantecosos en adulterio con busconas y llegó hasta la mesa. El jefe de crupieres clausuró aquella ruleta, no se admitía más juego,

era lícito hacerlo según las leyes de Nevada. El crupier respiró aliviado. Pero hubo quejas y abucheos del nutrido público. Entonces el hombre menudo, abriéndose paso como un hurón a través de los obstáculos de barrigas y tetas, dio media vuelta y se fue a la ruleta número ocho del Emporium. Y al cabo de una hora de nuevo hizo saltar la banca.

El sujeto se hospedaba en una habitación del hotel del casino. Durante las siguientes jornadas, ya fuese de día o de noche, únicamente subió a su cuarto para echar alguna cabezada y alimentarse. Tan sólo pedía leche y donuts; mucha leche y muchos donuts. Recuperadas sus fuerzas, no tardaba en bajar a la sala de juegos. Como las ruletas ya no admitían sus apuestas, se fue a las mesas de bacarrá. Allí también hizo estragos, ya fuese con bacarrá o ferrocarril. Luego pasó a jugar al treinta y cuarenta. Ya por entonces una nube de emocionados curiosos seguía todos sus pasos, estudiaba cada uno de sus gestos. Algunos tomaban notas. El tipo hablaba poco, pero se atendía casi con veneración cada una de sus palabras.

—Sí, sí... Juego doble.

Dijo en la tercera mesa de Black Jack. Al otro lado de la mesa, cuatro crupieres seguían cada uno de sus gestos, para tratar de adivinar qué truco usaba. Ante esa subida de apuesta se desató un rumor de admiración alrededor. No lejos, el jefe de crupieres y el jefe de sala, al frente de una legión de vigilantes, estaban atentos a todos los movimientos del resto del público. Pensaban que podía haber alguien entre los presentes conchabado con él que le indicase cómo actuar. Entre los clientes o a lo peor entre los empleados del casino. Aunque parecía que no lo había.

A los tres días, la alarma llegó a la central de la Corporación en Kansas City. No tardó en sonar un teléfono en la plan-

ta quince de aquel edificio céntrico de Las Vegas Boulevard. Hubo una dura bronca telefónica al director del Emporium. A eso de las dos de la madrugada, el tipo con suerte llevaba retenido varias horas en su habitación. La sucia maquinaria de Las Vegas había caído sobre él. Tres fornidos vigilantes del casino custodiaban la puerta para que no saliese. En ese tiempo entraron en el cuarto gente muy diversa. Pasaron por allí el jefe de sala, el de seguridad, el de crupieres, varios crupieres veteranos, alguna gente de confianza de la casa y un par de camareras con provisiones. Le estudiaron, le interrogaron, le amenazaron. En su mochila encontraron su pasaporte y un extraño atuendo anaranjado. Según los papeles, el sujeto era mejicano. Así que le hablaron en español, pero no parecía entender nada. Sólo contestaba someramente en inglés a las preguntas que le formulaban. El individuo no quería dar muchas explicaciones. A todo decía que sí. Que sí, que no hacía trampas. Que sí, que hacía trampas. Que sí no usaba ningún truco, que sí lo usaba. Que sí no tenía cómplices dentro del casino, que sí los tenía. Sí, sí. Sólo tenía suerte.

—Este tipo nos está tomando el pelo, jefe —decía uno de los guardias.

—Hijo de puta... —gruñó Cliffs, el jefe de seguridad, agarrando al tipo por las mejillas—. Escúchame, amarillo, ¿por qué no te vas a jugar a otro casino? El Emporium es nuevo en Las Vegas. Lárgate al Sahara o al Caesars Palace. Son negocios más grandes.

—Sí, sí, me voy. Yo quiero jugar aquí —replicaba el tipo, con un extraño acento inglés.

—Tal vez no me has entendido, cabronazo —insistió Cliffs, dejando ver sus encías inflamadas—. Aquí no hay más juego para ti. No eres bien visto en el Emporium. ¿Comprendes?

El sujeto sonreía y asentía exageradamente.

—Sí, sí comprendo... Yo seguiré jugando en el Emporium...

Cliffs bufó en medio de la habitación. En eso que un puño de uno de sus hombres se disparó e hizo callar a aquel alfeñique que se burlaba de ellos. Al poco, los otros dos vigilantes le levantaron de la moqueta como si fuera un pelele y le acomodaron en su silla. Le zarandearon, le volvieron a pegar, le amenazaron con denunciarle al sheriff del condado de Clark. El tipo lo aguantaba todo. Asentía y sonreía. No se quejaba del dolor, sino que se relamía la sangre que impregnaba sus labios. Insistía en bajar a la sala de juego, pues debía finalizar su tarea.

Nada más oír esto el jefe de seguridad, el de sala y el de cuprieres, en corro ante el sujeto, se miraron entre sí.

—¿Qué clase de tarea? —preguntó receloso Burke, el jefe de sala.

—La rueda de la vida —contestó asintiendo exageradamente varias veces—. Debe concluir de girar... Sí... Sí...

—Querrá decir «la ruleta de la vida...» —dedujo Burke. Cliffs gruñó, le apartó y le corrigió.

—Quiere decir la «mierda de la vida», porque pretende hundirnos definitivamente... —agarró al tipo de la pechera y le elevó un palmo de la silla—. ¿Quién te ha enseñado a jugar así, amarillo?

No hubo respuesta. El sujeto permanecía rígido e imposible. Como si de repente se hubiese dado cuenta de que había cometido una imprudencia, no quiso volver a abrir la boca pese a que hubo muchas más hostias.

La gente del casino le dio por imposible. Sus duras miradas indicaban que las medidas que había que tomar a continuación sobre él escapaban del ámbito de aquellas cuatro lujosas paredes. Comenzaron a abandonar la habitación. Ahí se

quedaba el tipo, sentado y con la mirada ausente, no lejos de la cama.

En la cama se amontonaban unas bolsas llenas de billetes nuevos, producto de sus ganancias. También había bolsas a rebosar de fichas del Emporium, sin cambiar todavía por quien las había ganado. En total alrededor de diez millones de dólares, según habían calculado en caja. Le dejaban a solas con esa fortuna, para que la disfrutase mientras pudiese. No había que inquietarse porque el tipo, por ejemplo, se le ocurriese arrojar-se por la ventana. Sería una buena caída de diez pisos. Se solucionarían todos sus problemas.

Ya al otro lado de la puerta de la habitación, los tres altos empleados deliberaron entre ellos durante unos momentos.

—Esos diez millones de pavos no pueden salir del Emporium —dijo Calcaterra, el jefe de crupieres.

—Ya lo creo que no saldrán —dijo Cliffs, con una mueca severa en sus labios—. Arreglaré todo para apañar al tipo con un par de muchachos. Es gente experta.

—Un momento, Cliffs... —replicó Burke— No podemos deshacernos de un cliente así como así.

—¿Por qué no? Si esta noche no solucionamos esto, a los de Kansas City se les van a indigestar los espaguetis. ¿Os acordáis del contable del Bellagio, aquel del que se rumoreó que ganaba un porcentaje de acuerdo con ciertos crupieres? De eso hace quince años. Y nadie le ha vuelto a ver. Yo no quiero acabar en un agujero del desierto, Burke.

El jefe de sala Burke se removía inquieto en medio del pasillo, entre sus dos acompañantes, a unos pasos de donde los guardias de seguridad vigilaban la puerta de la suite del tipo con suerte.

—Pero ya hay periodistas husmeando abajo —replicó Burke—. La noticia se ha corrido por toda la ciudad. Si ese tipo desaparece tendremos que dar muchas explicaciones.

—¡Bah...! Rumores. Exageraciones y fantasías propias de Las Vegas. Nada fehaciente. Nosotros daremos las explicaciones que sean necesarias. Mientras, el sujeto de ahí dentro, con unos discos de hacer pesas al cuello, se pudrirá en el fondo de la Presa Hoover.

Burke resopló, lleno de desaliento. Cliffs sonrió con su mandíbula cuadrada, como si fuese el vencedor de esa disputa. Calcaterra volvió a intervenir.

—No os calentéis la cabeza. Sea lo que sea lo que tengamos que hacer, no nos corresponde a nosotros decidirlo. Que lo haga Liddy.

Burke dilató sus ojos, aliviado.

—Eso es, Calcaterra. Que lo haga Liddy.

Cliffs gruñó, se revolvió inquieto y, para desahogarse, raspó con una uña el empaste de uno de los óleos que adornaban el corredor.

A eso de las cuatro de la madrugada, el ascensor se abrió y apareció Gordon G. Liddy seguido de otros dos empleados del Emporium. El jefe de sala, el de seguridad y el de crupieres recibieron al director del casino con un silencio que era elocuente.

—¿Bien? ¿Cuál es el problema? —preguntó Liddy, elegante, gordo, con el estómago lleno después de abandonar la mesa de unos invitados especiales, borrachos ya—. Ese individuo tiene diez millones nuestros ahí, ¿y qué? Todavía no ha salido del Emporium. Es más, esta noticia nunca ha debido salir de Las Vegas y llegar a Kansas City.

Liddy avanzó seguido de su corte.

—Pero ha llegado, Liddy —se quejó Burke a su paso—. Y el hombre que lo ha provocado se ha ganado esa pasta limpiamente.

—Ha tenido que hacer trampas —puntualizó Cliffs.

—Ya habrá tiempo para decidir si ha habido o no trampas en todo esto —sentenció Liddy—. En principio, quien hace saltar la banca en un casino de Las Vegas es que se ha meado en la ley. Le pondremos una denuncia ante el fiscal del condado por escándalo público. Pero no creo que tengamos que llegar a ese extremo. Burke, Cliffs, ¿os habéis planteado que todo hombre tiene su precio? Seguro que ese tipo también lo tiene. Vamos a llegar a un trato con él.

—Buena idea, Liddy —dijo un satisfecho Burke.

Alcanzaron la puerta. Mientras uno de los guardias la abría, Liddy se hizo una pregunta.

—¿No huelen a whisky? —se fijó en el jefe de seguridad—. Cliffs, ¿no le habrás emborrachado?

Cliffs no contestó nada. Miró hacia el techo y calibró la pertinencia de esa idea.

Con Liddy al frente, el grupo pasó a la habitación. El tipo con suerte ya no estaba sentado en la silla, ni doliéndose sobre la cama con sus diez millones de pavos, sino que se hallaba de pie a un lado de la bodega en miniatura que había debajo de la televisión. Y sobre la televisión se apreciaban abiertas y vacías unas doce botellitas de whisky, Cutty Sarck y Long John. Pero eso en absoluto llamó la atención de la gente del Emporium. Más bien todos se quedaron fijos en el tipo. El hombre, de pie, mantenía un mechero encendido pegado a su pecho, mientras que, vestido con la extraña indumentaria anaranjada de su mochila, empapada en whisky, estaba ardiendo con las llamas pequeñas y perezosas de los licores. No tardó el tipo con suerte en arrojarle sobre Liddy. El director del casino era mucho más robusto que él, de modo que le resultó fácil engancharse a su cuerpo con brazos y piernas. Parecía una garrapata ardiente de la que, por mucho que porfió un aterrado Liddy, era imposible deshacerse.

En el techo saltó el jalón de incendios y comenzó a caer una fina lluvia por toda la planta. Demasiado tarde para añadir agua al whisky. Burke, Cliffs y Calcaterra trataron de separar esa bola de fuego que iba de aquí para allá en un espantoso baile. Pero nadie de los presentes pudo evitar que el cliente y el director del casino ardiesen juntos, que acabasen como un horrible y negro tizón sobre la cama, también quemada con diez millones de dólares.